

ULTIMAS PAGINAS

DE

EL EXPLORADOR INFATIGABLE

POR

MODESTO LOPEZ

Ingeniero Ecuatoriano



QUITO

—
IMPRENTA AMERICANA

—
1898



ULTIMAS PAGINAS

DE

EL EXPLORADOR INFATIGABLE

Tengo presentes algunas ideas que constan en un opúsculo que, en vísperas de mi viaje, redacté en la Capital. Veo ahora tendidos, desde Pelileo hasta Cochapamba, diez kilómetros del camino al Oriente: contemplo el aspecto físico del volcán Tungurahua con sus dos corrientes de lava apagada; bajando al canal de fuego, oigo el ruido atronador de los impetuosos ríos Patate y Cusuhua; subiendo por Maygashca, admiro la hermosa cuenca de los orígenes del río Pastaza, y, sintiendo mi corazón henchido de gratitud para con Dios y los hombres de buena voluntad, me resuelvo á escribir estas páginas.

No pensaba publicar cosa alguna mientras no concluí la exploración hasta Abitahua; pero, como ocurren cosas que á su pesar le obligan al hombre á cambiar de resolución, obedeciendo á los fuertes impulsos de mis sentimientos, voy á reve-

lar, en términos claros y sencillos, una verdad que he alcanzado, estudiando la naturaleza, á fin de eternizar, por este medio, un hecho de la Junta Directiva del Camino á Canelos, comunicado por su Presidente el 3 del mes de Diciembre de 1897.

Hay más, siento ya decaídas mis fuerzas físicas por el excesivo trabajo y una vida llena de penalidades y azares, y juzgo que, en cumplimiento de mi deber, es necesario poner la verdad descubierta.

En Mayo de 1895 di á la estampa un opúsculo titulado «Explorador Infatigable». Ese escrito era como un anuncio de las obras que pensé dar á la luz pública.

Empero, sin haberlo previsto, el 15 de Setiembre fuí á Guayaquil de orden del Jefe Supremo de la República. El 7 de Octubre del mismo año salí de esa ciudad á la estación Chimbo del ferrocarril, con el objeto de esperar, en ese punto, al ingeniero que venía desde Londres para trazar la línea. El 9 de Octubre comencé á explorar el territorio.

Estando en ese trabajo recibí un telegrama del mentado ingeniero, al que le contesté por una carta, diciéndole que prestaría mis servicios en lo concerniente al estudio del territorio; porque mis conocimientos, á ese respecto, los consideraba útiles, como bien podía comprender él por el contenido de un ejemplar del «Explorador Infatigable» que le envié al intento.

El 1º de Noviembre tuve el honor de conocer á los señores J. V. Sigoall Muller y J. C. Everett. El primero me preguntó lo que opinaba respecto de la línea en construcción, y le contesté, sin vacilar, que era aceptable hasta el arroyo Shaurin, es decir 15 kilómetros más arriba de Chimbo, con algunas modificaciones; que, desde el arroyo Shau-

rin hacia Sibambe, yo marcaría la zona con una ancha pica de montaña y un camino de herradura. Ahora me queda la satisfacción de haber llevado á cabo este hecho con la debida exactitud.

Esa opinión la fundé en mis principios, pues, por ellos, yo sabía que la zona, en la cual debía trazarse la línea del ferrocarril entre Chimbo y Sibambe, debía ser aquella en la que confluyen los manantiales y arroyos de los tributarios del río Chunchán; porque en ella se aprovecharía de los pasos de las divisorias, de las pequeñas llanuras de las gorjas, de la parte ancha de las hoyas embudadas, evitando los cañones, si así vale llamar, esos sitios donde convergen las divisorias y quebradas, y, sobre todo, porque en ella se encontraría la distancia necesaria para desarrollar la gradiente; sin tener que apelar al pésimo sistema de retrocesos, pues, en la zona indicada, debía hallarse distancia aun para reducir la pendiente de las curvas de radio ínfimo, etc.

Así, cuando llegó el caso, mandé despejar el bosque y construir el camino de herradura en cincuenta kilómetros. Después vi con satisfacción serpentear en esa zona la línea trazada con los instrumentos topográficos. Conservo una documentación fehaciente, por sí haya necesidad de comprobar esos hechos.

En Junio de 1897 me dirigí al Sr. Presidente de la República, diciéndole que ya era menester que yo me retirara de esas montañas, y salí en el mes de Agosto.

A principios de Setiembre arribé á la ciudad de Ambato: en ésta me habló el Sr. Dr. Adriano Montalvo respecto de la apertura del camino al Oriente, y, en consecuencia, hice un viaje, á la ligera, hasta Agoyán. De regreso á Quito, dirigí una exposición al Gobierno: ésta dió por resultado la or-

den para trazar el camino de Ambato á Canelos.

Desde Octubre hasta Diciembre del año que espira, se han hecho diez kilómetros de camino, la mayor parte con el ancho de tres metros cincuenta centímetros, además de un camino de servicio hasta el río Cusuhua, y se ha reducido el ancho de cauce del río para excavar el cimiento de machon y poner un puente provisional.

Por último hoy, 2 de Enero de 1898, deseando celebrar el aniversario de los 36 años de mis servicios en las obras públicas, y, por consiguiente, del estudio geológico-oro-hidrográfico de los Andes de Quito, tomo la pluma y me dirijo á los hombres amantes del saber

Sean cuales fueren las opiniones admitidas respecto de la formación de la corteza de la tierra, lo que no deja duda es, que hubo un tiempo en el cual, la periferia terrestre se extendiera hacia el Sur más allá de los cabos de Hornos, de Buena Esperanza é isla Tasmania y, al Norte, lo menos hasta el círculo polar.

Así la tierra estaba hecha y perfecta: el hombre existía en élla ocupando pequeños recintos, á manera de colmenares de abejas; llevaba la tierra en sus polos mares con aguas de franjas espumosas, circuídas y bordadas de estelas y fosforescencias mágicas ó nieves, en cuyas facetas se rompían las rojas auroras boreales; tenía bosques con sus flores inmensas, sus árboles gigantescos, sus ríos tan caudalosos como mares, sus bandas de pájaros semejantes á ramilletes con alas, sus mariposas de todos colores y todos los matices imaginables.

El hombre la contemplaba embebecido en las florestas y en las selvas, las aureas arenas de los desiertos, el astro brillante de los días y las luminosas estrellas de las noches, los relámpagos de las

tempestades y las reverberaciones de las gotas de rocío, y el mundo de formas, de colores, de armonías que producen las múltiples combinaciones de la vida.

Empero la tierra, como todas las cosas del mundo, estaba sujeta á cambios y revoluciones que debían modificar su corteza. Este hecho se halla comprobado con las señales que existen sobre élla.

En las primeras edades las aguas, obedeciendo á las leyes físicas, estarían lo mismo que ahora, las vaporizadas en la atmósfera, las líquidas en los ríos y mares y, las sólidas, en las regiones heladas.

Por tanto, en las grandes mesetas del continente primitivo, los ríos afluirían á los mares únicamente de las comarcas cercanas; las de los territorios lejanos formarían lechos curvilíneos en derredor de las tierras altas: se profundizarían esos lechos ora por la eroción continua, ora por la presión de los glaciares.

Pasarían los tiempos, y, en esos lechos de curvatura normal, abrirían paso las aguas, formarían corrientes en todas direcciones, el choque de éllas causaría remolinos, chorreras y entumecimientos, éstos ocasionarían derrumbes inmensos, esos movimientos reprimidos producirían incendios y los volcanes aumentarían el desequilibrio del líquido. Así las corrientes contrarias, en una meseta suavemente inclinada en todas direcciones, excavarían el suelo y formarían ese infinito número de hoyas embudadas; de modo que las montañas de segundo orden, son, á no dudarlo, partes de la meseta primitiva que han resistido á la eroción continua.

El hombre nada sabría de lo que acontecía en las altas regiones, porque seguramente éllas le serían inaccesibles. Transcurrirían los siglos á millares, la obra de la naturaleza continuaría avanzando más y más, y al fin acontecería un cataclis.

ño, una inundación, inundación nunca vista y que no volverá à verse jamás.

Ahora bien, para estudiar ese admirable fenómeno, necesita el hombre subir á las montañas y picos de las divisorias generales, colocarse en los centros de figura de diversas comarcas, descender á los valles y fondos de las gorgias, procurar adquirir los conocimientos necesarios de las leyes físicas, y, mediante esos conocimientos, observar la manera cómo se ha encadenado la red hidrográfica, formar clara y distinta idea de la configuración y posición de las cordilleras, ramales, colinas, contrafuertes, collados y otros, ver hasta dónde se extienden los recintos de los valles y procurar comprender las formaciones del territorio que estudia. Entonces comprenderá que el RELIEVE DEL SUELO es una obra de arquitectura sublime.

Sin embargo, me parece que los hombres estudiosos podrán formar siquiera ligera idea del fenómeno, estudiando las obras de geología y geografía física, fijando la atención en las observaciones que han hecho los viajeros científicos, respecto de los glaciares, los volcanes, el movimiento de las aguas y las causas que producen el fuego. Por ejemplo, es muy notable la observación de que, en el choque de los cuerpos, el movimiento no se aniquila; al contrario, si es violento y no cesa la causa que lo produce, se convierte en fuego, y en fuego que incendia las piedras.

El fuego y el agua se componen de los mismos elementos: la presencia de uno de estos cuerpos pende de la velocidad del movimiento; si éste es intenso, el vapor se convierte en llamas que incendian la tierra. Por este orden, han observado los hombres amantes de la ciencia, una multitud de hechos y causas que producen extraordinarios fenómenos, los que á no dudarlo, habrán

contribuido á degradar el gran continente.

Es también necesario considerar que la red hidrográfica existente obedece á los últimos sucesos geológicos; empero las divisorias de aguas son, sin duda, las proyecciones de las que se formarían bajo la presión de los glaciares. En fin, por las señales que se ven se comprende que, en los tiempos primitivos, han existido dos mares en las regiones polares y un continente al medio cubierto de nieve.

La tierra, en virtud de los varios movimientos que tiene, presentaría al sol diversas faces y el calor de ese astro produciría el deshielo.

De modo que la eroción continua de las aguas, unida al incalculable número de las fuerzas de los agentes de la naturaleza, producía el RELIEVE DEL SUELO.

La verdad de estos hechos la he buscado con perseverante laboriosidad por el espacio de 36 años. Por tanto, hoy día tengo la satisfacción de decir que, á mi modo de ver, esos hechos son reales y positivos, según lo he observado y veo diariamente en el territorio de los Andes de Quito.

Modesto López.

El «Explorador Infatigable» es propiedad del autor, y lo encontrarán en Quito, carrera de Junín casa N^o 37.